# *La construcción de identidades: una propuesta de análisis sobre el caso de los bares* gay *de la ciudad de México*

**Rodrigo Laguarda**

Estas páginas buscan dar cuenta de ciertos espacios que han sido objeto de mi interés y, a la vez, reflexionar sobre las herramientas conceptuales desde las que me he acercado a ellas. En otras palabras, se intentará abordar un proceso en curso y complejo, como todos, y presentar los instrumentos utilizados en esta labor, con la ambición de que sean útiles al tratar otros temas. El presente texto ha sido producido por un investigador que tiene una formación en dos disciplinas cercanas, afines —y es la propuesta de este escrito—, complementarias: antropología e historia. Parto de un interés personal sobre la cuestión de las identidades sociales y del trabajo de investigación sobre el tema de los bares *gay* de la Ciudad de México. Tal asunto ha estado presente en mis dos trabajos de titulación, como estudiante de la licenciatura en historia en la Universidad Iberoamericana y de la maestría en antropología social en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. En esta sucinta presentación, intentaré reunir a la historia contemporánea y a la antropología social. Al trabajo con documentos y testimonios, que indagan sobre el devenir y a la etnografía que se borda sobre el presente y que, en este caso, pretende desentrañar lo que ocurre dentro de un bar *gay,* pues es imposible observar estos espacios, en su multiplicidad, a menos que se haga desde el momento actual.

Al hablar de identidad me refiero al proceso por el que los individuos se inscriben en generalidades históricamente construidas y se definen a sí mismos a partir de ellas. Tal proliferación de sucesos tiene dos dimensiones que han sido exploradas por Stuart Hall.[1] En primer lugar, el término "identidad" alude a una categoría construida mediante un proceso social, en la que un cierto número de individuos se reconoce. Desde mi punto de vista, es posible situar dicho aspecto en el plano de lo histórico o en un nivel diacrónico. En este sentido, una identidad intenta unir la heterogeneidad de lo social inventando el pasado común de un grupo y el sentimiento de pertenencia a un sector específico de la sociedad. Siguiendo a Stuart Hall, la palabra identidad incluye, en segundo lugar, un proceso de "identificación" que, a mi parecer, podemos ubicar en el plano de lo antropológico o en un nivel sincrónico. Este aspecto se refiere a la toma de posición de los sujetos respecto de una identidad. Es la inscripción, en curso, dentro de una generalidad; el encuentro e interacción de los "iguales"; el proceso de articulación a un grupo.

En el trabajo de investigación que busca dar cuenta de la construcción de identidades a partir de la experiencia de individuos del sexo masculino adscritos a la identidad *gay*,[2] en el espacio de un bar especialmente establecido como lugar de sociabilidad para ellos, propongo el análisis de ambas dimensiones del concepto identidad, que aquí serán ilustradas de manera general. En primer lugar, de su componente histórico en los términos sugeridos por Michel Foucault,[3] que concebía como labor de esta mirada la búsqueda de la procedencia de las identidades o el rastreo de la proliferación de sucesos (gracias



a los que o contra los que) se han formado generalidades o coherencias en las que los sujetos se reconocen. Los bares *gay* y las identidades que ellos ayudan a crear y que, a la vez, son sus creadoras como espacios de encuentro, aparecen en este planteamiento como socialmente construidos. En segundo lugar, me referiré al componente de identificación, señalado como segundo nivel de análisis. En este sentido propongo mirar lo que ocurre dentro de un bar *gay* como fenómeno comunicativo.

En cuanto a la antropología, esta perspectiva es afín a la de Clifford Geertz[4] quien, en su propuesta de un concepto semiótico[5] de cultura, sostiene que el ser humano es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido. Un postulado general del enfoque semiótico es que cualquier elemento o relación que se da dentro de un grupo puede ser visto como una forma de comunicación con sus respectivos mecanismos de funcionamiento. Los bares *gay,* como cualquier fenómeno social, pueden ser abordados como lugares donde opera cierta forma de comunicación entendida, como sugieren Robert Hodge y Gunther Krees,[6] en términos de un aparato o colección de reglas o principios, estructuras y códigos, con significados situados en contextos sociales concretos, susceptibles de ser observados por el investigador. Estos sistemas de signos, son también llamados códigos. A grandes rasgos, como señala Wendy Leeds Hurwitz,[7] un signo es algo presente (un significante) que evoca un algo ausente (un significado), tal y como una cruz representa al Cristianismo o una bandera a un país. Un sistema de signos es la colección de signos y de reglas para su uso. Cualquier cosa puede convertirse en signo dentro de un contexto específico y los aspectos comunicativos, como afirma Edward T. Hall,[8] son tanto el lenguaje verbal como el no verbal.

## Identidad y bares *gay*

Iniciaré con la historia de los bares *gay* y de las relaciones que se entretejen en ellos. En la visión de Marc Augé, las relaciones sociales siempre se sitúan en el espacio, que tiene un papel importante en su conformación.[9] La territorialidad, dice Edward T. Hall, llega a todos los rincones de la vida.[10] El hombre está en condiciones de crear los espacios que, a su vez, crean al hombre.[11] Los bares *gay,* como espacios específicos, aparecieron en los Es-

♦♦♦

tados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, pasando en unas cuantas décadas, de la casi total clandestinidad a la clara exhibición en las áreas urbanas del mundo occidental. En el año de 1967, Nancy Achilles[12] ya analizaba las particularidades de los bares *gay,* definiendo a estos lugares como instituciones[13] sociales cuya función principal ha sido la de proveer un espacio en el que la interacción social pueda ocurrir, consolidándose el sentimiento de pertenencia a un grupo específico del cuerpo social. Los bares *gay* proveen cierto grado de anonimato y una segregación del resto de la sociedad y una sensación de seguridad y respetabilidad, pues el individuo puede sentir menor angustia y culpa al ingresar a un lugar organizado, con ciertas normas sociales y valores. Además, los bares *gay* tienen un atractivo extra: facilitan la formación de parejas sexuales.

Los bares *gay* aparecieron en la ciudad de México durante la década de los setenta al tiempo que los *gays* emergían como un nuevo grupo social dentro del país. A partir de entonces, las más modernas y norteamericanizadas identidades homosexuales fueron excluyendo a las actitudes tradicionales de los *machos* y las *locas,* esto es, la reproducción de los viejos roles de género. Como Tomás Almaguer ha señalado: en México, tradicionalmente, las prácticas homosexuales adquirían significado de acuerdo con el lugar que cada individuo ocupaba en un encuentro sexual.[14] Era principalmente el individuo de quien se presumía que jugaba el rol anal/pasivo quien resultaba estigmatizado por asumir una conducta socialmente considerada femenina, por tanto, "inferior". En un pensamiento tradicional, el sujeto percibido como *pasivo* era el único considerado como "verdaderamente homosexual", como un verdadero *maricón, joto* o *puto,* palabras despectivas comúnmente utilizadas para designar a quienes se alejan de las normas de la masculinidad. La opción "bisexual", en la que un hombre juega un papel activo tanto con mujeres como con personas de su propio sexo, podía conservar la imagen masculina de ciertos hombres aunque se involucraran en prácticas homosexuales.

De acuerdo con Stephen O. Murray y Manuel Arboleda G., el término *gay* se difundió en México y las grandes ciudades de América Latina, a partir de la segunda mitad de la década de los setenta.[15] Esta nueva concepción, que llegaba a los mexicanos desde Estados Unidos (de donde proviene el modelo cultural dominante en la construcción de la identidad *gay* según el análisis de Dennis Altman)[16] tendía a liquidar la división activo/pasivo en la que eran reproducidos los roles tradicionales de género. Cuando cada individuo comenzó a nombrarse a sí mismo y a nombrar a los otros como *gays,* inició la construcción de una comunidad en la que todos son reconocidos como homosexuales (esto es, como *gays*), independientemente de las prácticas que realicen con sus parejas sexuales. Esto corresponde a la moderna organización del mundo *gay* que, como ha mostrado Barry Adam,[17] implica la formación de un grupo social autónomo en el que tienden a establecerse relaciones igualitarias entre personas del mismo sexo. De acuerdo con Dennis Altman, la globalización ha tenido un lugar importante en la creación de una identidad *gay* internacional.[18] Por supuesto, como ya ha sido mencionado, esta transformación forma parte de un proceso en curso, complejo, heterogéneo, que ha ido creando el sentimiento de pertenencia a un grupo específico dentro de la sociedad. Más aún, en la construcción de una identidad específica, se requiere de lugares de socialización en el que los individuos puedan reconocerse a sí mismos como parte de un grupo: los bares. Así describe el escritor mexicano Luis González de Alba la escena de los bares en la ciudad de México a finales de la década de los setenta, periodo en el que aparecieron los primeros de ellos:

> En la Zona Rosa existía el bar 9, con demasiados aromas a loción cara en los muchachos y a buenos perfumes en las abundantes mujeres heterosexuales que asistían porque tenían amigos gays, son las joteras o *fruit flies*. En Le Baron (que escribían de forma espantosa como L'Baron), reinaba el mal trato desde la entrada hasta la hora de salir, casi siempre ya al rayo del sol, hasta en día de elecciones presidenciales. Sólo siendo propiedad de algún muy alto político habría podido cometer tales faltas impunemente. De pronto, se sabía de algún nuevo bar. Casi nunca era nuevo, sino algún bar con bajas rentas que decidía poner manteles color de rosa para, según los dueños, hacerlo gay. Duraban poco. No eran para el joto de barrio, sino para el homosexual de clase media, casi siempre viajado y, por lo mismo, decepcionado una y otra vez de la oferta. Más que a las clausuras por parte de la autoridad, los pretendidos bares gay debían su fracaso al desencanto de la clientela.[19]

Esta descripción parece desalentadora. Sin embargo, los bares *gay* habían llegado para quedarse. Y los jóvenes *gays* mexicanos, comenzaron a disfrutarlos. Los bares se convirtieron en refugio. En una sociedad que prefería ignorar el tema de la homosexualidad, los bares constituían una excepción y un respiro. Eran un mundo aparte, con reglas distintas a las del exterior. Quien podía ser rechazado en la calle por ser homosexual, podía convertirse —gracias a sus atributos físicos, a su manera de bailar, a su carisma, a su simpatía— en una persona exitosa y

codiciada al interior de un bar y de la comunidad que lo frecuentaba. A través de los órganos informativos del FHAR (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria), la más importante organización *gay* mexicana de finales de los años setenta, los clientes de los bares se quejaban. Se decía que existía un mal servicio, en comparación con el resto de los bares de la ciudad de México. Los meseros no siempre se mostraban respetuosos hacia la clientela *gay*. Además, existía la misma discriminación que era común, en la mayor parte de los centros nocturnos. Para tener acceso a los bares más llamativos, era necesario verse y vestir bien. Las personas de rasgos indígenas o piel muy morena, solían ser detenidas en la puerta. En otras palabras, no había un intento por hacer de los bares *gay* un espacio democrático a pesar de la intolerancia que los homosexuales mexicanos sufrían y que, podría pensarse, debía impulsarlos a buscar un cambio en muchas de las actitudes de la sociedad en la que vivían. Muchos estaban dispuestos a pagar por entrar en los bares a pesar de quejas e injusticias.

A los miembros del FHAR no les gustaba el éxito que estaban alcanzando los bares. Por ello, sus publicaciones procuraban desacreditarlos. Para los militantes del FHAR, que se consideraban a sí mismos como integrantes de una organización marxista, los bares representaban la cúspide del capitalismo, el consumismo, el individualismo y la frivolidad. Creían que le restaban seriedad a las reivindicaciones del movimiento de liberación y que sólo constituían una alternativa para unos cuantos. Sólo los mexicanos de clase media o alta podían pagar por sus servicios y entrar en ellos sin dificultades, pues normalmente eran *güeritos,* esto es, mexicanos de ascendencia o de apariencia europea. Por otra parte, las *locas*, los hombres pintados de mujer o que vestían prendas femeninas, tampoco eran admitidas en los bares de buena gana. Quienes no se ajustaran al nuevo modelo *gay* de vivir la homosexualidad, enfrentaban dificultades y rechazo. Con poco entusiasmo, la revista del FHAR señalaba en 1981 la razón por la que los bares eran un éxito: "Estos clientes gay son muy generosos porque encuentran en esos bares un sitio donde compartir su identidad con otros, donde bailar, tomar la copa, soltar tensiones, conocer posibles parejas".[20] Los bares atrajeron y tuvieron un efecto, precisamente, en quienes querían y podían compartir esa nueva identidad *gay*. En un principio, éstos eran los jóvenes privilegiados o *fresas,* que solían viajar a Estados Unidos y querían disfrutar en su propio país de lugares de diversión que por allá encontraban. Jóvenes que querían hacer lo que ellos consideraban que hacían todos los *gays* alrededor del mundo: cuidar su apariencia física, ir al gimnasio, estar a la moda, divertirse en los bares, lejos de las categorías tradicionales de los *machos* y las *locas*.[21]

Algunos bares, como el mítico *Bar 9*, duraron abiertos varios años. La mayoría cerraban sus puertas sin lograr atraer a los consumidores por mucho tiempo. A finales de los años setenta, ya existía un buen número de bares *gay* en la ciudad de México. Esto proporcionó un lugar de socialización en el que los individuos se reconocían como parte de un grupo y aprendían a comportarse e interactuar de cierta forma. Lo que no lograron las organizaciones *gays,* lo hicieron los bares. El bar, como institución, se convirtió en el único espacio, específicamente *gay* que logró consolidarse creando una nueva clase de sujetos. El *Bar 9* fue el más famoso de su tiempo. Estaba en la Zona Rosa, un área de la ciudad de México llena de restaurantes, centros nocturnos y hoteles. Se volvió tan famoso, que tuvieron que designar un día específicamente *gay,* que solía ser el jueves, para el público homosexual. El Bar *9* estaba lleno de *bugas,* esto es, hombres y mujeres heterosexuales que deseaban asomarse a ese mundo distinto que de súbito aparecía ante los ojos de la sociedad mexicana.[22] El *bar 9* era mixto y un tanto elitista, fue el bar favorito de las personas *fresas* mexicanas hasta bien entrados los años ochenta.[23] *El Don* fue un bar mixto al que solían asistir lesbianas, en general, excluidas de los lugares *gay* de la época. *Le Baron* se encontraba sobre Insurgentes, una de las principales avenidas de la ciudad de México. *El Topo* que estaba por el monumento a la Revolución y sufría de constantes redadas ya que tenía fama de ser un lugar muy permisivo. En la colonia Roma se encontraban *El Deval*, en la calle de Baja California casi esquina con Insurgentes y *El Penthouse*, en la calle de Manzanillo. La colonia Roma, con sus fastuosas casas de principios del siglo XX, ganó fama de albergar en sus calles a homosexuales que decidían fijar ahí su residencia o la visitaban en busca de diversión. Un bar de escenas fuertes era el *Famoso 41*, en cuyo interior los clientes podían tener relaciones sexuales. Este fue el preludio de los cuartos oscuros, que escandalizaron a la sociedad mexicana ya entrados los ochenta.[24] El *Famoso 41*, debía su nombre a un célebre escándalo del México de principios de siglo. En el año de 1901, la policía capitalina sorprendió a cuarenta y un hombres vestidos de mujer en medio de una fiesta.[25] Desde entonces, el número 41 quedó asociado a la homosexualidad. Los *gays* mexicanos de los setenta recuperaron esta historia y la utilizaron en la creación de su propia tradición.

♦♦♦

## Identificación y bares *gay*

Los trabajos de Mauricio List[26] han mostrado que a lo largo de la década de los ochenta y, sobre todo, en la de los noventa, se dio una importante expansión de los espacios de diversión *gay* en la ciudad de México. Desde entonces, un sujeto que reconozca su orientación homosexual y decidida vivirla, pronto se encontrará dentro de un bar. Al intentar relacionarse con otros, cada individuo ingresa a este espacio, en el que no sólo adquiere la libertad para hacer ciertas cosas, sino que aprende a comportarse de cierta forma. Esto forma parte de un proceso invisible por el que las personas internalizan las normas del exterior y comienzan a conducirse a sí mismos conforme a ellas.

Los bares suelen ser lugares cerrados en los que es fácil observar una gran cantidad de espacio desde un solo lugar. Esto es importante pues el principal atractivo de un bar *gay* es la de permitir la formación de parejas sexuales. Por lo tanto, es necesario que quienes asistan a ellos, logren ver al mayor número de candidatos posibles y tengan la oportunidad de interactuar con ellos. De esta forma, se establece un juego de miradas en el que unos vigilan a otros y todos se sienten observados. Un individuo no sólo vigila a los demás, sino que se vigila a sí mismo, consciente de que debe cuidar su actitud pues lo están observando. De esta forma, cada persona aprende a controlarse a sí misma aunque ya no esté siendo observada. El bar es, entonces, una institución que contribuye a la normalización de los sujetos, que los disciplina conforme a una forma de vestir permitida (que debe ser acorde con la moda del momento), a una forma de comportarse (que debe ser alegre, esto es, *gay*), a una actitud frente a los otros (que debe resultar atractiva), a un ideal de belleza y carisma que se intenta alcanzar. En palabras de uno de los entrevistados, "los bares gay uniformizan. Te obligan a entrar en una dinámica de comportamiento y de apariencia que tiene que ser más o menos la misma".[27]

Las observaciones generales que a continuación presento, son el resultado de un trabajo de campo realizado en distintos bares *gay* de la ciudad de México, entre los meses de enero y abril de 2003. Para ellas, me baso en los textos plasmados en un diario de campo, los comentarios registrados dentro de los bares y una serie de entrevistas realizadas a individuos que los frecuentan. El objetivo ha sido ejercer una mirada que permita comprender mejor el funcionamiento de estos espacios. Como ha dicho Edward T. Hall,[28] quienes tienen los ojos abiertos pueden leer constantemente lo que ocurre a su alrededor. Para los investigadores que intenten analizar un fenómeno comunicativo se trata, entonces, de ver y descifrar un código, tal y como lo hacemos en la vida cotidiana de manera inconsciente. El movimiento corporal es una vía de comunicación elemental, presente en todo momento de nuestras vidas y difícil de capturar en palabras. Una cierta postura, el lugar elegido para estar de pie, la dirección hacia la que miramos o dejamos de mirar, un gesto; todos son aspectos definitorios en las interacciones cotidianas. Dada la naturaleza de los bares *gay,* es de particular importancia el galanteo. Durante éste, como sostiene Flora Davis,[29] los sujetos suelen ocuparse de su apariencia personal, arreglarse la ropa, pasarse la mano por el cabello y realizar gestos automáticos. A grandes rasgos, en los bares observé que llevar la camisa abierta o portar ropa ajustada constituye una forma de *ligar* o encontrar una pareja sexual. En este caso, una playera ajustada o una camisa sin abrochar, constituyen un signo, algo presente que evoca un ausente: la disponibilidad de encontrarse con alguien. Como ha sido señalado, cualquier cosa podría ser un signo en un contexto específico. La comunicación no verbal es un terreno resbaloso, donde es imposible afirmar significados de manera contundente. Alguien podría llevar una camisa desbotonada por coincidencia o accidente, de manera inconsciente o porque así se viste a diario. Sin embargo, el planteamiento del análisis semiótico propuesto se basa en que, cualquiera que haya sido la razón, quien la use no podrá evitar moverse en un sistema de significantes, en un contexto que posibilita a otros leer un indicio, en este caso, la disponibilidad para un encuentro sexual. Quien conozca el código, podrá descifrar este signo, aunque sin certezas absolutas. Por otra parte, aprender códigos y saber moverse en ellos, es parte importante del proceso de integrarse a un grupo. La explicación de nuestras acciones a partir de la existencia de signos y códigos, no es del todo extraña en la vida diaria. Hay quienes se explican su realidad a partir de estos conceptos, como ocurre con Marco, uno de los informantes, que hizo un comentario en el bar *El Taller,* ubicado en la calle de Florencia 37A, Zona Rosa, la noche del 11 de enero de 2003.

Transcribo mis notas del diario de campo:

> Según Marco, tomar una bebida con popote constituye un signo dentro de éste y otros bares *gay* de la ciudad. Significa que quien así lo hace es un hombre con poca iniciativa o reservado. Alguien que prefiere ser conquistado a conquistar. Alguien que prefiere que otros hagan el primer movimiento o que teme exponerse al rechazo.

Estos códigos de aceptación o rechazo, son de gran

importancia en los bares *gay*. Las miradas ocupan un lugar central al aceptar o rechazar a alguien. Las observaciones realizadas en el bar *Tom's*, con dirección en Insurgentes Sur 357, Colonia Condesa, el 1 de febrero de 2003 fueron:

> Homero fue un centro de atención esa noche. Un sujeto de alrededor de treinta y cinco años, con camisa desabrochada y *brackets*, le dedicó miradas por cerca de una hora. Homero me dijo que para ligar en un antro, lo más efectivo es bailar, cantar fragmentos de las canciones que toquen y, en general, dar la impresión de querer divertirse. Más importante es dedicar miradas. Ver a alguien a los ojos es una forma de indicar disponibilidad.

En una entrevista, fuera del lugar, el sujeto en cuestión ratificó lo dicho:

> Yo creo que, cuando alguien te está ligando, te está buscando la mirada. Y, cuando tú ves que te está buscando la mirada y le haces ver que le desvías la mirada, es una manera de rechazarlo, muy obvia. Después, cuando se te acerca, dar la espalda. Si se te acerca, tú te vas a otra área del antro. Y si se te acerca más insistentemente, puedes fingir que alguien que está contigo en ese momento es tu pareja, en el último de los casos. Nunca le vas a decir que no quieres con él porque no te gusta. No hay necesidad. Con no verlo, basta.[30]

Siguiendo a Ruth Holliday y John Hassard,[31] es necesario mencionar otro aspecto visible en los bares *gay*. Me refiero a las prácticas disciplinarias que producen cuerpos "normales" para este contexto determinado. Como señala Erving Goffman,[32] a todos aquellos comprendidos dentro de una determinada categoría se les exige el mantenimiento de una fachada social que tiende a institucionalizarse en función de las expectativas estereotipadas abstractas. Hay una forma en que los clientes de los bares *gay* deben verse. Más aún, si consideramos el hecho señalado por Lynne Luciano,[33] quien afirma que la imagen tradicional de las mujeres como objetos sexuales se ha expandido en un proceso ascendente desde la década de los sesenta. Todos nos hemos convertido en objetos para ser vistos. Los bares *gay* no son, ni remotamente, la excepción. Como observa Mauricio List,[34] en el caso de los bares *gay* de la ciudad de México, la mayor parte de los parroquianos acude con un atuendo, especialmente seleccionado para la ocasión, esperando causar un particular efecto en los demás. Mi visita al bar *Living*, en Orizaba 146, Colonia Roma, la noche del 4 de enero de 2003, produjo el siguiente registro:

> La mayor parte de los asistentes usa *jeans*, camisas o playeras blancas. Me parece visible la preocupación de los hombres que asisten al bar por presentar una apariencia agradable, aunque el atuendo es poco variado. Algunos llevan camisas ajustadas (lisas o de cuadritos) o camisetas, todavía más pegadas. Otros prefieren lucir sus cuerpos de gimnasio mediante camisetas sin mangas. También es frecuente el uso de ropa deportiva, lentes oscuros y tenis, como si se estuviera a punto de acudir al gimnasio o se hubiera salido de él hace poco.

En el *Tom's*, de nueva cuenta, el 1 de febrero de 2003 observé:

> La mayor parte de los asistentes son hombres mayores de treinta años. Sin embargo, hay un grupo de señores de alrededor de cincuenta años, vestidos igual que los más jóvenes: jeans, camisetas muy ajustadas, cachuchas de *Mickey Mouse o Tigger*, tenis y playeras rojas, con rayas blancas, en perfecta combinación.

Como puede apreciarse, la ropa constituye, también, un signo. La indumentaria deportiva da un aspecto saludable, altamente valorado en la actualidad. A la vez, ciertas prendas de vestir pueden simbolizar una juventud, en ocasiones ausente, no sólo en el plano significante. Las entrevistas también muestran otro aspecto de la normalización. La belleza, como lo ha notado Mauricio List,[35] es un valor importante dentro de los bares *gay* y para quienes asisten a ellos deben esforzarse por acercarse a estos ideales o suplir las carencias de alguna forma. En palabras de Ernesto:

> Claro, ser guapo es importante y el cuerpo y el *outfit* que lleves. Efectivamente, la forma y el físico cuenta mucho. Obviamente, no todo se puede tener. Algunos venden cara, otros venden cuerpo. Otros, cartera. Otros, un estilacho particular. Algunos están mejor que otros pero ser considerado feo, debe ser difícil; que no te volteen a ver, que no te sonrían en la puerta, que no te pelen.[36]

Roberto añade algo a esta explicación:

> Claro que importa ser guapo. La cara y el cuerpo. Es relativo, pero importa que te consideren algún tipo de guapo. Igual habrá alguien con un cuerpo de gimnasio, un brazo enorme, una cinturita veintiséis, de uno noventa metros, sin un pelo, todo rasurado de la cara y depilado del cuerpo, que cause sensación. O, habrá alguien que te diga, "vi un tipo de uno ochenta, barbón y peludo, que me encantó". Pero de alguna manera hay que tratar de verse bien o encontrar a alguien muy espiritual, a quien no le importe el físico.[37]

Finalmente, en cuanto al proceso de identificación, atenderé a los elementos discursivos que apuntan hacia los límites de un grupo. Como señala Teun A. van Dijk,[38] las personas se construyen a sí mismas por medio del lenguaje, como miembros de categorías y grupos: mujeres, periodistas, ecologistas, obreros católicos, mexicanos, norteamericanos, feministas historiadores o antropólogos. Todos nos identificamos como parte de un grupo y nos

♦♦♦

distinguimos de otros.[39] Siguiendo a Van Dijk,[40] son cruciales las expresiones que nos otorgan una posición social y definen quiénes pertenecen a un grupo y quiénes son ajenos a él. Éstas tienden a destacar las cosas buenas del "nosotros" y las cosas negativas del "ellos". Un fragmento de la entrevista con Ernesto resulta revelador en el caso que nos ocupa:

> No, en los bares yo no uso peluca. Así podría andar en la calle, pero no en un bar *gay*. En un antro uso *jeans*, y una *t-shirt*. No soy una loca desmecatada, trepada en tacones de punta de aguja. Tampoco finjo ser un buga mata-putos, insensible. Simplemente, soy *gay*.[41]

Este breve fragmento ilustra la construcción de una identidad específica, desde el lenguaje y a partir de lo aprendido en un bar *gay*. Ser gay es participar de un "nosotros" que excluye a quienes reproducen los roles tradicionales de género, en el que uno de los participantes de un encuentro homosexual asume un papel socialmente considerado femenino. Pero ser *gay*, también implica pensarse con una sensibilidad especial, alejada de un modelo de masculinidad percibido como agresivo y amenazador.

En la calle, existe el riesgo de ser descalificado o agredido por los otros, "bugas-mata putos". En los bares, en cambio, puede darse el encuentro entre "iguales". Esto nos permite pensar en la pregunta elemental, que cruza estas páginas. ¿A qué va un individuo a un bar *gay?* Marco nos responde: "En primer lugar a ligar, a buscar pareja, a invertir sus ilusiones y a salir decepcionado. A buscar el amor de su vida sabiendo que no va a poder encontrarlo. Va, finalmente a identificarse. A sentirse en paz".[42] ♦

## *Notas*

[1] *Cfr.* Hall. 2002: 2-5.

[2] Al utilizar la palabra *gay* me refiero a sujetos que se definen a sí mismos como tales; que reconocen una orientación sexual hacia personas de su propio sexo y que consideran a ésta como una característica definitoria de su propia persona. Como lo señala John Boswell, el término *gay* (del inglés, "alegre") se utiliza actualmente para designar a un individuo que tiene una orientación erótico-afectiva hacia personas de su mismo sexo. Alude a hombres conscientes de esta orientación sexual en tanto característica distintiva. Esto es, a sujetos que comparten una identidad. *Cfr.* Boswell. 1992: 65-67.

[3] *Cfr.* Foucault. 1992: 12-13.

[4] *Cfr.* Geertz. 1997: 20.

[5] La semiótica es comúnmente definida conforme a los términos de Ferdinand de Saussure quien, al inicio del siglo XX, vislumbró el advenimiento de una ciencia dedicada al estudio de los signos en el seno de la vida social. *Cfr.* Saussure. 1998: 42.

[6] *Cfr.* Hodge; Kress. 1988: 1.

[7] *Cfr.* Leeds Hurwitz. 1993: 6.

[8] *Cfr.* Hall. 1990: 19-20.

[9] *Cfr.* Augé. 1998: 87-88.

[10] *Cfr.* Hall. 1990: 58.

[11] *Cfr.* Hall. 2001:10.

[12] *Cfr.* Achilles. 1998:175-176.

[13] Esta investigadora no define el término "institución", que proviene del campo de la sociología y se utiliza para describir aquellas actividades por medio de las cuales los individuos construyen y mantienen una sociedad. Esto incluye un conjunto de valores, normas y costumbres que con diversa eficacia definen y regulan la vida social. *Cfr.* Renkema. 1999: 65; Gallino. 2001: 534.

[14] *Cfr.* Almaguer. 1993: 257-260.

[15] *Cfr.* Murray; Arboleda G. 1995: 138-139.

[16] *Cfr.* Altman. 2001: 87.

[17] Adam. 1998: 220.

[18] Altman. 2001: 86.

[19] González de Alba. 1998: 143.

[20] *Nuestro cuerpo.* 1980: 9.

[21] *Cfr.* Lumsden. 1991: 41-42.

[22] Entrevista a O. Debroise, 23 de enero del 2001.

[23] Entrevista a Horacio Almada, 20 de agosto del 2000.

[24] Entrevistas a R. Manrique, 13 de diciembre de 1999; C. García; 11 de febrero del 2000; A. Vázquez, 15 de febrero del 2000.

[25] *Cfr.* Lumsden. 1991: 16; Schneider. 1997: 67-70.

[26] *Cfr.* List Reyes. 2001a: 77.

[27] Entrevista a A. Vázquez, 15 de febrero del 2000.

[28] *Cfr.* Hall. 1990: 48.

[29] *Cfr.* Davis. 2000: 31.

[30] Entrevista a H. Fariña, 5 de abril de 2003.

[31] *Cfr.* Holliday; Hassard. 2001: 5.

[32] *Cfr.* Goffman. 1997: 39.

[33] *Cfr.* Luciano. 2001: 12.

[34] *Cfr.* List Reyes. 2001b: 147.

[35] *Cfr.* List Reyes. 2001b: 154.

[36] Entrevista a E. Mercado, 15 de abril de 2003.

[37] Entrevista a R. Jiménez, 22 de abril de 2003.

[38] *Cfr.* Dijk, van. 2000: 152.

[39] *Cfr.* Dijk, van. 2000: 155-156.

[40] *Cfr.* Dijk, van. 2001: 61.

[41] Entrevista a E. Mercado, 15 de abril de 2003.

[42] Entrevista a M. Tovar, 19 de febrero de 2003.

## *Bibliografía*


Adam, Barry D. 1998 (1985). "Structural Foundations of the Gay World". Peter M. Nardi, Beth E. Schneider. *Social Perspectives in the Lesbian and Gay Studies, a Reader.* New York/London: Routledge.

Almaguer, Tomás. 1993 (1991). "Chicano Men: A Cartography of the Homosexual Bar as an Institution". Peter M. Nardi, Beth E. Schneider. *Social Perspectives in the Lesbian and Gay Studies, a Reader.* New York/London: Routledge.

Altman, Dennis. 2001. *Global Sex.* Chicago: The University of Chicago Press.

Achilles, Nancy. 1998 (1967). "The Development of the Homosexual Bar as an Institution". Peter M. Nardi, Beth E. Schneider. *Social Perspectives in Lesbian and Gay Studies, A, Reader.* New York/London: Routledge.

Augé, Marc. 1998 (1997). *El viaje imposible, El turismo y sus imágenes.* Barcelona: Gedisa.

Boswell, John. 1992 (1980). *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad.* Barcelona: Muchnik.

Davis, Flora. 2000 (1971). *La comunicación no verbal.* Madrid: Alianza.

Dijk, Teun A. van. 2000 (1998). *Ideología, Una aproximación multidisciplinaria.* Barcelona: Gedisa.

Dijk, Teun A. van. 2001 (1997). "El discurso como interacción en sociedad". Teun A, van Dijk. *El discurso como interacción social, Estudios sobre el discurso II, Una introducción multidisciplinaria.* Barcelona: Gedisa.

Foucault, Michel. 1992 (1971). "Nietzsche, la genealogía, la historia." *Microfísica del poder.* Madrid: La Piqueta.

Gallino, Luciano. 2001 (1978). *Diccionario de sociología.* México: Siglo XXI.

Geertz, Clifford. 1997 (1973). *La interpretación de las culturas.* Barcelona: Gedisa.

Goffman, Erving. 1997 (1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana.* Buenos Aires: Amorrortu.

González de Alba, Luis. 1998. "Those were the days..." *Nexos* 50: 141-145.

Hall, Edward T. 1990 (1959). *El lenguaje silencioso.* México: CONACULTA/Alianza, Editorial Mexicana.

Hall, Edward T. 2001 (1966). *La dimensión oculta.* México: Siglo XXI.

Hall, Stuart. 2002 (1996). "Introduction: Who Needs 'Identity'?" Stuart Hall, Paul du Gay. *Questions of Cultural Identity.* London: Sage.

Hodge, Robert, Gunther Kress. 1998. *Social Semiotics.* Ithaca, New York: Cornell University Press.

Holliday, Ruth, John Hassard. 2001. "Contested Bodies: An Introduction". Ruth Holliday, John Hassard. *Contested Bodies.* New York/London: Routledge.

Leeds Hurwitz, Wendy. 1993. *Semiotics and Communication: Signs, Codes, Cultures.* Hillsdale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.

Luciano, Lynne. 2001. *Looking Good, Male Body Image in Modern America.* New York: Hill and Wang.

List Reyes, Mauricio. 2001a. "Al encuentro de la vida gay urbana". *Cuicuilco* 22: 71-79.List Reyes, Mauricio. 2001b. "La Lilí: Apropiación de un espacio urbano por Individuos gay". Miguel Ángel Aguilar, Amparo Sevilla, Abilio Vergara. *La Ciudad desde sus lugares, Trece ventanas etnográficas para una metrópoli.* México: UAM/CONACULTA/Porrúa.

Lumsden, Ian. 1991. *Homosexualidad, sociedad y estado en México:* México: Solediciones/Canadian Gay Archives.

Murray, Stephen O., Manuel Arboleda G. 1995. "Stigma Transformation and Relexification: *Gay* in Latin America". Stephen O. Murray. *Latin American Male Homosexualities.* Albuquerque: University of New Mexico Press.

*Nuestro cuerpo, Información homosexual* 2/3: 1980. México: Frente Homosexual de Acción Revolucionaria.

Renkema, Jan. 1999 (1993). *Introducción a los estudios sobre el discurso.* Barcelona: Gedisa.

Saussure, Ferdinand de. 1998 (1916). *Curso de lingüística general.* México: Fontamara.

